

## LAS MUJERES EN EL MUNDO<sup>2</sup>

*¿Cuál fue la ocupación de las mujeres célebres en 20 siglos de historia?*

¿En qué se ocuparon las mujeres en el transcurso de los siglos? Pues en todo, en todas las actividades del hombre y, contrariamente a lo que piensan, hoy los ignorantes, el hombre no trató de impedirles imponerse siempre que ellas lo quisieran de veras.

Claro está que eligieron las tareas posibles según las costumbres de cada época y en proporciones variables. Pocas fueron guerreras, aunque si lo fue esa extraordinaria joven de 17 años, La Pucelle (virgen) de Orleans, Santa Juana de Arco. Hasta el fin de los tiempos, la literatura, el teatro, el cine, la radio-televisión no se cansarán de descifrar su “misterio” como dice Peguy, y después de él Jean Guitton. Hasta el fin de los tiempos su epopeya suscitará la admiración, y su proceso y su muerte arrancarán lágrimas. También se menciona a otra Juana, heroína acertadamente apellidada “hachette” (hachita), y a las dos hermanas Trung que antaño libertaron al Viet-Nam de la tutela china. Y cuántas más en la epopeya de todos los pueblos.

Hay mujeres en el extremo de todos los extremismos revolucionarios: el coronel Anna Pauker en Rumania soviética. Rosa Luxemburgo en Alemania aspartaquista, las arpías de 1793, las estrellas de la libertad con Charlotte Corday, fría asesina (expresión francesa), las exaltadas de mayo de 1968, y todas las implacables comunismo de las cuales la Sra. Mao, iniciadora de la Revolución cultural en China, es el más reciente ejemplo vivo.

Vienen luego las heroínas humildes y gloriosas tales Louise de Bettignies y la belga Gabrielle Petit. No faltan las que llamamos aventureras y, si sonreímos ante las falsas emperatrices de Rusia, reímos francamente recordando la intriga del Collar urdida por la astuta condesa de la Motte, pero también nos estremecemos de horror con el caso de los Venenos, la marquesa de Brinvilliers y la Voisin. Evoquemos al pasar la indefinible Galigai llamada bruja, pero de brujas trataremos más adelante, y las mujeres espías unas veces heroínas, otras, aventureras y acaso ambas cosas a la vez como Mata Hari fusilada en Vinsennes en 1917.

### *Las Novelistas*

Sobre un millar aproximadamente de mujeres cuya celebridad es reconocida por la historia corriente, la mitad descollaron en literatura. Las más numerosas son las novelistas. Las hay de todos los países en los siglos XIX y XX, pero las precedió la francesa Mme. de La Fayette, publicando en 1678 la novela *La Princesse de Cleves*, obra maestra de concisión. Sin embargo, la prioridad absoluta corresponde a la japonesa Murasaki Shikibu, que escribió a principios del siglo XI la novela del príncipe Genji y de sus amores... en 54 volúmenes.

Muy pronto las anglosajonas, las nórdicas y sobre todo las americanas, acapararon, por decirlo así, este género literario. Sobre 130 novelistas famosas, unas 30 son, americanas.

En la época en que la Europa monárquica o revolucionaria ofrecía sus probabilidades políticas a muchas mujeres, la América democrática, pero aún masculina y puritana, no concedía a las mujeres sino la libertad de las letras. Se les anticiparon un poco las inglesas, tanto en la novela psicológica con Jane Austen, cuanto en el “suspense” con Anne Radcliffe y las tres hermanas

---

<sup>2</sup> Condensación de la Revista *Missi* de Enero 1970. Traducción y condensación: Sor María Elena Lagos, osb, Abadía de Santa Escolástica - Buenos Aires, Argentina.

Brontë: Anne, Emily y Charlotte, presas del genio y muertas a los 29, 30 y 39 años respectivamente. La novela más famosa es la de Emily traducida a todos los idiomas: “Cumbres Borrascosas”. Pero todo lo eclipsó “La Cabaña del Tío Tom”, publicada en 1852 por la americana Harriet Beecher-Stowe. Su éxito fue prodigioso. Ediciones de varios millones de ejemplares y en todos los idiomas: fue el máximo “bestseller” de la historia. Esta novela desempeñó un papel decisivo en el desencadenamiento de la guerra americana de Secesión por la libertad de los esclavos del Sur.

La última americana de notoriedad mundial es Pearl Buck, Premio Nobel de Literatura, que adoptó a China por segunda patria. Pero igualan y, quizá superan su celebridad otras dos Premio Nobel, la sueca Selma Lagerlöf y la noruega Sigrid Undset, cuyas admirables trilogías, entre las cuales descuella Cristina Lavransdatter: la Corona, la Esposa, la Cruz, hacen revivir el medioevo nórdico. Una italiana, Deledda (Premio Nobel 1926), describe su Cerdeña natal. La americana Margarita Mitchello de no haber perecido en un accidente de auto, hubiese recogido también un Premio Nobel por su obra maestra: “Lo que el viento se llevó”, novela histórica traducida en 30 idiomas. Y otro tanto la neozelandesa Catherine Mansfield, fallecida a los 35 años.

Numerosas novelistas fueron activas feministas, tales como la venezolana de La Parra, la belga Graviere, la sudafricana Schreiner, la eminente política turca Adivar y las tres checas Benosova, Novakova y Svobodova. Las novelistas rusas y la polaca Orzeszkowa fueron todas escritoras comprometidas en la lucha social.

En cuanto a las novelistas francesas, su talento floreció en temas diversos donde las pasiones encuentran el más amplio lugar, desde George Sand (Aurora Dupin) hasta Sidonie Colette (no mencionamos las que viven hoy día). Fuera de serie se coloca a la condesa de Segur que hizo el encanto de varias generaciones con “Les mémoires d’un âne”, “Les malheurs de Sophie”, “Le Général Dourakine” y tantos otros relatos inolvidables, pero ¡cuya inocencia es hoy contestada por los psicoanalistas!

### *Poetisas y literatas*

Casi otras tantas son las poetisas y, como la poesía, son ellas de todos los tiempos, pero principalmente en el siglo XVI sobre todo en Francia, en Italia, y en España, un poco en todas partes en Los siglos XIX y XX, al menos en Occidente, pues el Japón tuvo su edad de oro femenino y sus poetisas hacia el siglo XI y también la China igualmente en los siglos XII, VIII y II.

La mayoría de las novelistas se hicieron la fama por sus escritos independientemente de sus personas y es por eso que hemos insistido más. No sucede otro tanto con las poetisas, cuya vida, social o sentimental, fue a menudo un elemento dominante de su fama. Vemos a veces que con su talento poético una mujer suscita el movimiento cultural de todo un país, como Delmira Agustini en el Uruguay. Otras descuellan por su precocidad como la inglesa Elizabeth Browning, que publicó sus primeros poemas a los 14 años (1820), otras por su genio, como la española Rosalía de Castro, la americana Emily Dickinson, la holandesa Henriette Holand Holst, la chilena Gabriela Mistral (Premio Nobel 1945) vigorosa personalidad en un país fecundo en poetisas.

La expresión francesa “mujeres de letras” resulta cómoda para designar un centenar de personalidades de influencia y renombre. Más o menos poetisas, novelistas, epistológrafas, como la célebre Mme. de Sévigné, memorialistas, (alguna dramaturga como la finlandesa Aino Kallas), están todas ellas más o menos enredadas en las intrigas, en la vida literaria y a veces política de su tiempo, y algunas, las más célebres al frente de sus salones de tertulia. La inmensa

mayoría es francesa, pero los nombres de Mme. Necker y de su hija Mme. de Staël evocan en París la presencia de Suiza en aquel ocaso del siglo XVIII.

Es por entonces, y durante la primera mitad del siglo XIX, que reinaron las mujeres de letras y de salón; pero es bajo Luis XIII y durante la minoría de Luis XIV que la acción civilizadora del salón fue decisiva, con las señoras de Rambouillet, de Sablé, de Scudéry, Julie d'Angennes y otras. Son ellas las que forjarán al "honnête homme" (hombre de bien, cumplido caballero) que hará la gloria del Rey Sol (Luis XIV). Luego volveremos a ellas.

Detrás de estas creadoras, inspiradoras civilizadoras, avanza la cohorte numerosa y esperada de las actrices, cantantes, músicas, pero hay un dato un tanto alarmante en la última edición del Pequeño Larousse: entre las mujeres qué trae en el siglo XX, un tercio son bailarinas: ¿Es posible? Una bailarina sobre tres mujeres citadas en momentos en que todos los dominios del conocimiento y de la acción están abiertos de par en par a toda mujer. ¿Estará atrasado en noticias el Pequeño Larousse o será menester esperar a la segunda mitad del siglo para que alcancen fama en las diversas profesiones las numerosas mujeres que la ejercen?

Y esto plantea a su vez un gran interrogante.

#### *Pocas en Bellas Artes*

Al pasar de las letras a las Bellas Artes, el cambio es casi total. Pocas mujeres son compositoras. Pocas descollaron en escultura. Citemos a Vera Moukhina, autor del extraordinario grupo del martillo y la hoz que dominaba en el pabellón soviético de la Expo 1937. Muchas mujeres, por cierto, se dedicaron a la pintura, pero como arte de adorno y en los "géneros menores". Sin embargo, Mme. Vigée-Lebrun merece la celebridad que obtuvo desde sus 20 años de edad, y podemos asimismo mencionar a la Tintoretta, hija del Tintoretto, o Angélica Kauffmann, artista suiza que falleció en Roma en 1807 y fue allí, honrada a la par de Rafael.

#### *Y en los negocios*

El periodismo, sin duda profesión reciente pero que podría tomar el lugar de los salones de antaño, apenas ha atraído a algunas americanas como escritoras, reporteras y fotógrafas notables. Sin embargo, las primeras directoras de grandes periódicos fueron la francesa Séverine y, principalmente, la Italiana Matilde Serao, mujer de negocios a la par que escritora. Esto merece señalarse porque si bien hoy no faltan mujeres de negocios, no las hubo de nota en el pasado próximo, exceptuando a la Sra. Boucicaut, cofundadora de la gran tienda "Le Bon Marché" y cuya dirección asumió sola al fallecer su esposo (1877), y la Sra. Cognacq Jay, cofundadora de la tienda "La Samaritaine". Ambas fueron filántropas; la primera, por la creación del hospital Boucicaut, la segunda, por la creación de una serie de premios atribuidos a familias numerosas. Entre las filántropas eminentes hay que mencionar a la italiana Galliera, que tanto hizo en París y cuyo nombre lleva un museo; a la americana Fry, reformadora internacional de las cárceles, y sobre todo a la inglesa Florence Nightingale que, a los 17 años, prometió a Dios hacerse enfermera, contrariando a su familia pues era por entonces una profesión mal vista. Abriendo en 1860 la primera escuela de enfermeras, proporcionó un inmenso servicio a la humanidad doliente. Este es, al fin, oficio de mujer.

#### *La valla del siglo XIX*

Pero en cuanto a las carreras técnicas originadas en el siglo XIX, han sido monopolizadas por los hombres que interceptaron su acceso por una red muy cortés pero implacable de "prohibido pasar": Código Napoleónico, sufragio masculino, leyes específicamente masculinas, y todas

aquellas Grandes Escuelas (Facultades) politécnicas o de medicina elevando sus murallas de diplomas reservados, que dos premios Nobel de física y química: Marie Curie e Irène Joliot-Curie no consiguieron derribar. La primera médica moderna (1864), la americana Jacobi, ¿no pudo cursar en París las clases de la Facultad de Medicina sin una autorización expresa y excepcional del ministro!

La discriminación propugnada por el siglo XIX está tan arraigada que las neo-feministas americanas<sup>3</sup> aún hoy deben abocarse a combatir sus efectos. Quizás esta legislación tan duramente masculina explique en parte que tantas jóvenes de carácter e iniciativa no descollaron, mientras que en el sector religioso sí pudieron dar plena medida de vitalidad creadora: las fundadoras -todas muy jóvenes- de congregaciones educadoras y hospitalarias fueron más numerosas entre 1800 y 1860 que en quince siglos juntos (ver *Missi*, Pauline Jaricot, 2, 1962)<sup>4</sup>.

### *Menos hogaño que antaño ¿por qué?*

Hecho extraño y que da mucho que pensar: aquellas mujeres de gobierno, jefes de estado que conoció Bizancio tan grandes e influyentes como las Eudoxias, las Teodora, las Irene; las que tan numerosas fueron en los tiempos bárbaros de la Alta Edad Media como las Clotilde, las Matilde, las Batilde, las Brunequilda, las Radegunda y hasta las terribles Rosamunda y Fredegunda, aquellas radiantes mujeres que honraron y siguieron los siglos XII y XIII como las Berenguela, las Blanca, las Isabel, las Margarita, las Juana, sin mencionar aún a las santas, nuestra época que se cree superior a ese pasado, prácticamente ya no las conoce. Verdad es que en estos fines de 1969, podemos enumerar varias mujeres de estado: la Asamblea General de las Naciones Unidas está presidida por una mujer: Angie Broks africana de Liberia, el gobierno israelí tiene por jefe a la Sra. Golda Meir, y el de la India a la Sra. Indira Gandhi. Agreguemos el precedente jefe de gobierno de Ceylán, Sra. Bandaranaike. Nada más. Y lo más curioso es que no figura ninguna americana ni europea. Tal vez porque no se presta a ello el estilo de las democracias que exigen lucha política y duras competencias electorales, pero las democracias populares se hallan en igual punto, así como los países de absoluta paridad de sexos como Suecia, Dinamarca y Noruega. Y lo mismo protestantes y católicos, países anglosajones y latinos. Ciertamente todas las naciones respetables cuentan con algunas mujeres en su gobierno, su diplomacia, los grandes organismos del Estado e internacionales, pero no son sino algunas mujeres testigos, testigos de lo que podría suceder. ¿De qué depende? ¿Qué es lo que nos debe extrañar?

¿Será acaso necesario esperar a la Sra. Mao, la cuarta y joven esposa del viejo jefe chino, para revolucionar la faz de las cosas? Es posible, porque la China roja es anti-sexista al más alto grado. Es evidente que en la China de Pekín donde hombres y mujeres van vestidos exactamente igual, con la misma chaqueta cerrada hasta el cuello e idénticos pantalones, esta uniformidad para todos excluye las fantasías de la moda y sus locuras, esto es, sus alienaciones. Ninguna publicidad común en Occidente del tenor de: “Señorita, emplee el producto tal y será encantadora y adorable”, fundada sobre el sexismo y no sobre la femineidad y la persona humana, puede ser tolerada en aquel tipo de sociedad política, pues las mujeres no pueden perseguir dos finalidades contradictorias: seducir a los hombres y gobernar en igualdad de condiciones con ellos a fuer de compañera leal, sin desembocar en el gobierno de las favoritas.

---

<sup>3</sup> El Frente de Liberación de las Mujeres y otros movimientos de reivindicación de la dignidad de la mujer han surgido en EE.UU.: guerra al “sexismo”.

<sup>4</sup> *N. del T.* Nuestro Cono Sur podría añadir a “Mamá Antula” de la Paz y Figueroa, peregrina de las Provincias del Sur en su epopeya de ejercicios espirituales; Mariquita Sánchez de Thompson, nota femenina entre los próceres desde las invasiones inglesas hasta Rivadavia; Manuelita Rosas, lenitivo de la sana punzó; Amalia Errázuriz de Subercaseaux, santidad y señorío de Chile, Alfonsina Storni, poetisa, maestra, periodista, feminista; Juana de Ibarbouro, Juana de América...

Ahí está el nudo de la cuestión. A partir del momento en que un régimen político dicese régimen de la “mixidad” total, o bien degenera o bien lleva a la severidad moral, al puritanismo si quiere ser lógico consigo mismo. Todos los regímenes comunistas pasaron por allí. Sin mérito alguno: obligados por la experiencia. Al principio, rigió la gran libertad de costumbres, la moral de la libertad sexual; pero muy pronto fue necesario reaccionar y volver atrás brutalmente. Esos regímenes están obligados a una estricta y constante vigilancia de la “mixidad” cuya camaradería de trabajo y de vida no debe degenerar nunca en dño, y debe rechazar de plano toda manifestación exterior de intimidad. Poco importa que intervengan la policía o los marcos del Partido, o simplemente la presión y la presencia del grupo responsable: los medios son eficaces. Un viajero de Occidente recibió sorprendido esta confidencia de un chino: “La virginidad es exigida a hombres y mujeres hasta su casamiento” y añadió a media voz: “Yo tengo más de 30 años, soy soltero y soy virgen”.

### *Perversión, camino de subversión*

¿De qué se trata exactamente? O bien las sociedades son masculinas y en tal caso el poder de las mujeres es oblicuo: “Muchas de entre ellas, en la imposibilidad de irradiar normalmente su pensamiento y su actividad -escribe Catherine Capelle a Suzanne Malard- se han refugiado en la intriga mediante elementos de seducción”. O bien las sociedades son mixtas, pero entonces se debe jugar limpio con la “mixidad”. Hace tiempo que todas las sociedades en busca de su consistencia y estabilidad han caído en cuenta de todo lo explosivo contenido en las pasiones y en el amor y cuán nefasta puede ser para la ciudad la exclusiva unión carnal. Cada vez que sobre ruinas morales los legisladores edificaron una ciudad nueva, obraron sin cortapisas y, en los primeros momentos, sin piedad, numerosos códigos castigaron el adulterio con la pena capital: a ambos se les cortaba la cabeza.

Las pasiones del amor son devastadoras y madres de anarquía. Y en este sentido “hacer el amor” es más destructor de la ciudad que “hacer la guerra”. Es signo inexorable de una sociedad moribunda. -¿Sería simple coincidencia el hecho que los acontecimientos de mayo de 1968 (en Paris) hayan comenzado en marzo por la reivindicación de los estudiantes de visitar a las estudiantes sin impedimentos ni limitación?... Como dijo un crítico literario francés a propósito de una pieza de teatro desnudo: “La perversión es el camino más seguro de la subversión”.

Es esto lo que las anti-sexistas americanas han presentado. Es también mediante el rodeo de las estructuras del grupo y de los marcos del partido que la sociedad comunista vuelve a las estructuras probadas, que conferirían a la familia tradicional y a los marcos familiares poder regulador y vigilancia de la “mixidad”. El Frente de Liberación de las Mujeres tal como lo construyen las anti-sexistas americanas hallará quizá la solución mejor que las maoístas en la medida en que su lucha provenga de dentro, de lo más profundo de la conciencia femenina.,

Como dice Monique Mamont, militante rural: “Una institución sólo será humana y concurrirá al bien común en la medida en que estén presentes y activos hombres y mujeres conscientes de su papel irremplazable... pero en la medida en que la mujer se esfuerce por ser ella misma”.

### ***La gran ley de la alternación histórica: hombres - mujeres***

#### *En las épocas fluidas cuando el hombre pierde pie*

Este compromiso leal al servicio de la sociedad, las mujeres lo prestaron especialmente en las Épocas de la historia humana que, como la nuestra, cayeron en trastorno y crisis, decadencia y mutación. Épocas fluidas en que, abandonado a sí mismo, el hombre pierde pie.

Muchos imaginan que, proviniendo de la animalidad, la sociedad humana progresó más o menos en la línea recta y que cada período culminante es superior a cuantos lo precedieron, y particularmente el nuestro, que está en crisis sin duda, pero de juventud. Una observación humilde del pasado contradice tal mito. La historia de la humanidad está compuesta por alternaciones y éstas traen períodos más femeninos y períodos más masculinos: alternaciones que merecen la mayor atención para comprender al hombre y a la mujer en el mundo. Por poco que comprobemos y reflexionemos sobre esta ley histórica, se nos manifiesta como fundamental para explicar rectamente a la mujer en el mundo. Fuera de los historiadores ya citados, sobre esto algo se barruntó el belga, Godefroy Kurth cuando escribió: “Llega una Época en que la misión de la mujer cubra una amplitud realmente magnífica: es cuando, destruido todo del lado de los civilizados, todo queda por hacer del lado de los bárbaros...”.

Escribía él estas líneas acerca de los tiempos merovingios que son su especialidad. Pero son valederas de igual modo remontando hasta la prehistoria. El eminente urbanista americano Mumford, cuyas reflexiones empleará *Missi* para su número “Grandes conjuntos”, dice lo siguiente: “En la Época de las primeras aldeas neolíticas, el papel de la mujer fue determinante. Ella transformó las condiciones de existencia. El pueblo es su primera creación... Las influencias masculinas, debilitadas o apartadas, se manifestarían después. Durante algún tiempo, ambas influencias íbanse anteponiendo una a otras... pero aparece el cazador, la tosquedad se instala en el medio proto-urbano... Se esfuma la preponderancia femenina y el hombre toma el primer lugar”.

#### *Mártires de la libertad*

Al recorrer los siglos II y III de la era cristiana, fuera de Zenobia de Palmira, reina de Oriente y una esposa de emperador, hallamos diecinueve nombres de mujeres, todos ellos de santas. Parece extraño, a primera vista, que la historia, para jalonar dos siglos, no haya hallado sino santas cristianas.

Por el contrario, el dato está cargado de significado. Estas santas son todas mártires. Todas, por la fuerza de su fe, se han levantado de entre las servidumbres del clan, de la familia, y han afirmado su personalidad al precio de la vida. Casi todas han muerto de muerte violenta por juzgárselas perversas y antisociales, que rechazaban el matrimonio, prácticamente obligatorio en aquel entonces. Estas diecinueve cristianas de los siglos II y III y todas aquellas a quienes simbolizan han conquistado para la mujer la libertad de elegir, y por lo tanto *su personalidad*.

#### *Civilizadoras y protectoras de las ciudades*

En los siglos IV y V siguen figurando las santas entreveradas con emperatrices cristianas, unas y otras mujeres de gobierno, sobre todo en Oriente: Eudoxia, Pulquería, la regente Galla Placidia, hija de Teodosio y por un tiempo prisionera de Alarico: protectoras de ciudades y de pueblos como Santa Genoveva, patrona de París, salvada por ella dos veces, y Santa Brígida de Kildare, prodigiosa personalidad reconocida por su patria como la más grande irlandesa de todos los tiempos.

Estas encabezan la larga serie de las que tanto hicieron por civilizar a los bárbaros. Genoveva muere en 502. Clotilde tiene 27 años y estamos ya en el siglo VI, el siglo de las mujeres, que finalizó en 630 con la muerte atroz de Brunequilda, la hija de la España visigoda, Brunequilda y su hermana Galasvinta, casadas a los 32 y 28 años con jefes francos de las Galias, transmitieron a sus esposos bárbaros cuanto les fue posible de la cultura latina que florecía entonces en la norte de Toledo. España fue rica en mujeres de primera plana. Pudieron ellas dar su plena valía, en parte debido al derecho visigodo que, en igualdad de situación, concedía a las mujeres la equivalencia con los hombres. Consta el estatuto de la abadesa de Las Huelgas en los

documentos oficiales, según los cuales la abadesa era “señora y dueña de 64 pueblos, prelada, administradora legal, espiritual y temporal del susodicho monasterio real y de su hospital, así como de los conventos, Iglesias y ermitas de su filiación, de los pueblos y lugares de su jurisdicción, de los castillos y vasallajes, en virtud de bulas y concesiones apostólicas (esto es: del Papa), con jurisdicción exclusiva y plenaria, cuasi episcopal, no dependiendo de ninguna diócesis y gozando de privilegios reales: doble jurisdicción ejercida en posesión indiscutida como es público y notorio.

La teóloga americana Mary Daly, al citar este documento, agrega. “Estos poderes de jurisdicción consistían en juzgar, a igual que los obispos, las causas civiles y criminales, y en conceder beneficios, castigar a los seculares, decidir los casos matrimoniales y civiles, examinar a los candidatos a ejercer una profesión legal, admitir a los candidatos para las ordenaciones, a otorgar Facultades para predicar, confesar, atender a las almas y entrar en religión, la abadesa tenía también poder de imponer la censura y convocar sínodos. ¿Qué queda por añadir?”.

### *Las alternaciones: femenina y luego masculina*

Lo hemos verificado minuciosamente sobre millares de hombres escapados al olvido: desde 630 a 780, durante ciento cincuenta años hay un vacío, hasta la aparición en Bizancio de la Emperatriz Irene, que, única en ese siglo incapaz, reúne, inspira y preside un Concilio ecuménico, el II Concilio de Nicea (787). Irene tenía entonces 35 años. Y decir que ciertos olvidadizos de la historia pretenden -siguiendo a Simone de Beauvoir- que la religión cristiana fue una fuente de opresión para la mujer y que su peor enemigo era el clero. ¿Qué piensas de esto Abadesa de Las Huelgas que convocabas sínodos, y tú, emperatriz Irene, que presidías un Concilio ecuménico?

Finalizado el poder de Irene en 802, y aunque haya que citar a otra emperatriz, Teodora, que provocó el importante sínodo de Constantinopla, será Carlomagno que en 743 tomará el relevo en Occidente. Las mujeres desaparecen durante un siglo de la escena de la historia, excepto en Roma, donde el papado es regentado y envilecido por la condesa Teodora y sus dos hijas, Teodora la joven y Marozia (ver *Missi*, n°. *Orthodoxes* 4, 1969).

Una mujer fue quien arrastró por el lodo el papado. Pero ciento cincuenta años más tarde otra mujer devuelve al papado todo su esplendor: la gran condesa Matilde, margravina de Toscana. Es en su castillo de Canosa que se refugia el Papa Gregorio VII y es en Canosa a donde va el emperador Enrique a cumplir su célebre penitencia en 1077. Aquel mismo año, Matilde, la Grande, sólo tenía 22 años. Sacando lección de los acontecimientos, donó todos sus estados a la Santa Sede. El triste ejemplo de Teodora y de Marozia había demostrado hasta qué punto, en la época feudal, un papa sin territorio podía ser presa de facciones.

### *La edad de oro de la mujer*

Matilde muere en 1115. Era una mujer excepcional por el temple de su carácter y su alteza de miras. Muy instruida, sabía latín, francés, italiano, alemán, y, en una época de rápida evolución, conservó el gusto por la lectura y por la educación permanente durante toda su vida. Precisión muy importante: semejante instrucción se la dio su madre, Beatriz de Bar (Bar-le-Duc). Existían, pues, de nuevo, ambientes en los cuales se cultivaban las letras y el saber. Esos ambientes eran femeninos. Es por entonces, en efecto, que comenzó a florecer el más admirable “feminismo”, cuya sonrisa innumerable iluminará el siglo XIII, siglo de oro de la mujer. Es ésta también la época de la historia cristiana en que la Virgen María será exaltada “por sobre toda alabanza” como la mujer ideal: Nuestra Señora.

Y he aquí que hacia 1250, en otra curva de la historia, desaparecen nuevamente las mujeres. La genial española Blanca de Castilla, madre de San Luis, rey de Francia, muere en 1252, y su digna hermana Berenguela, madre de san Fernando, rey de Castilla, en 1244. Finaliza una época. Habrá que esperar casi dos siglos para que, con Juana de Arco, se produzca un verdadero renacimiento de actividad femenina notable.

Y así sucesivamente. Por cierto, a medida que va acercándose nuestro tiempo, la historia retiene mayor número de personalidades, pero sin embargo, en esa progresión se discierne claramente la alternación con el aumento de mujeres desde 1520 a 1560 y su disminución hasta 1600, fecha en que muere la grande y dura Isabel de Inglaterra cuyo nombre sella un período. Si cuidamos eliminar el falso brillo de las favoritas abusadoras, se puede situar un nuevo ascenso igualmente entre los años 20 y 60 del siglo XVII, y la caída profunda del XVIII hasta sus últimos años, excepto en Europa central con María Teresa (de Austria) y oriental con Catalina la Grande (de Rusia). La efervescencia del período revolucionario y napoleónico prepara el repunte femenino de la primera mitad del siglo XIX, llevada por la Reina Victoria, creadora del “gentleman” púdico y distinguido, hasta los límites del siglo XX. Y después de la era victoriana, después... quizás hoy. Hasta diríamos que sin duda.

### *Revanchas masculinas*

Todo esto a grandes rasgos, muy aproximativos y en hipótesis... Dejamos a otros un estudio más prolijo. Piénsese, por ejemplo, que cuando culminan la irradiación femenina del siglo XIII de occidente y los romances, avanzan los “fabliaux” (cuentos populares) que ridiculizan a las mujeres y en los cuales los hombres tratan de conseguir ventaja por caminos oblicuos. Más tarde, y por iguales motivos, surgirá el antifeminismo agudo de Molière.

### *No al acaso sino describiendo una curva*

Esquemmatizando al máximo puede comprobarse la presencia femenina en la historia, no diseminada al acaso, sino describiendo una curva continua con altos y bajos, una cumbre hacia el año 600, cuando las mujeres aclimatan a los bárbaros, otra hacia el 1200, cuando las mujeres forjan al “prud’homme”(hombre juicioso) de san Luis, una algo menor, hacia 1400, cuando salvan a Europa de la desesperación y de la anarquía, y otra más en 1600, que produjo al “honnête homme” (hombre de bien), de Luis XIV, con algunas más en períodos menores pero del mismo estilo.

Durante esas épocas fluidas en que la humanidad pasa de un estadio de vida a otro y en las cuales, por consiguiente, los hombres están acaparados por tareas técnicas, y son las mujeres las que se preocupan por la cultura y toman el relevo de la civilización. Detrás de las cabezas coronadas que hemos citado, se ocultan miríadas de mujeres que, en las mismas épocas, han alimentado las mismas aspiraciones, han sufrido el mismo arrinconamiento y tuvieron la alegría de llegar a las mismas realizaciones.

### *Cuando el hombre se vuelve*

Cuando el hombre, dominado por las técnicas, se vuelve bárbaro -y por las palabras “técnicas” y “bárbaro” evocamos situaciones muy diversas pero idénticas en su fondo: lo mismo el hombre de guerra medieval, orgulloso de no saber letras porque la misma mano no puede sostener a la vez la pluma y la espada, que el hombre de negocios, el ingeniero que “no tiene tiempo para leer”, cuando entonces el hombre dominado por las técnicas se vuelve bárbaro porque está incierto sobre el porvenir y superado por el presente- la mujer lo releva, ya sea la castellana que

en su hogar aprende y se informa por juglares y trovadores, ya las estudiantes que se precipitan a la Universidad ávidas de letras, historia, ciencias humanas, o conocimientos hospitalarios.

La mujer reivindica entonces inconscientemente los derechos del corazón y del espíritu, de la fineza y del arte, aquello que en tiempos clásicos se llamaba humanismo. Pero en esta búsqueda de un humanismo nuevo del cual ella tiene, más que el hombre, la intuición creadora, más que el hombre también la mujer padece la soledad de ese combate por la vida de mañana; ella atestigua, por lo mejor y por lo peor de sí misma, una auténtica necesidad nueva, un llamado a la verdadera respuesta.

Por lo tanto es en una coyuntura de crisis de civilización que las mujeres de hoy entran con pleno derecho en la sociedad, pero por toques insensibles, progresivamente, más o menos en la “batalla de los sexos” y en la ambigüedad de las diversas misiones que la experiencia o los prejuicios les atribuyen y que el vocabulario consagra.

### *Mártires de la femineidad*

En los primerísimos días del cristianismo, tal como nos los presentan los *Hechos de los Apóstoles*, la persecución se ensañó contra los jefes de las comunidades y los sacerdotes y luego sobre los militares colocados entre su fe y la obligación patriótica de sacrificar a los ídolos. Pero cuando ciertas jovencitas pertenecientes a grandes familias romanas decidieron, una vez convertidas, seguir siendo plenamente ellas mismas consagrando su vida a Cristo, la cosa empeoró al punto, y al punto una tercera categoría de mártires, la de las vírgenes, se sumó a las precedentes.

Sin saberlo, las jóvenes que fueron martirizadas en los primeros siglos fueron promotoras de la mujer en tanto que persona. Resuelta la elección de su vida, aceptaron pagar las consecuencias al precio de su sangre. Negarse al matrimonio en una época en que éste era casi obligatorio - fuera de las vestales- era contravenir no sólo la moral familiar sino también la social, pues la mujer debía estar siempre bajo potestad de otro, su padre o su esposo. De ahí que las jóvenes mártires arrancaron a la mujer de su servidumbre, pero al modo cristiano, esto es, por la libertad superior del sacrificio de la vida por amor a Cristo. Su sacrificio causó enorme impresión sobre sus contemporáneos. La leyenda adornó la historia, pero Águeda, Eulalia, Inés, Cecilia, Lucía, Catalina, Columba y tantas otras fueron tan reales en su influencia que, entre todas las mujeres que vivieron en los siglos II y III, sólo sus nombres quedaron grabados en la memoria de los pueblos.

Por su vida y su muerte fueron ellas las primeras en imponer el respeto a la persona humana creada a imagen de Dios. Hoy, el Concilio Vaticano II comprueba, el acuerdo general sobre este punto: la persona humana está por encima de todo. Es de la dignidad de la persona humana que fluyen tanto la libertad del casamiento cuanto la dignidad del celibato. La dignidad de la persona humana es la que crea un derecho de fundar una familia sin volverlo un deber. Toda relación es de persona a persona. El supremo diálogo del hombre formado a imagen de Dios es con Dios.

Si hoy día el Vaticano II puede expresarse así y comprobar un acuerdo general, se debe probablemente a aquella primera generación de jóvenes cristianas.

### *Acción pública y política*

Como venimos diciendo en las páginas precedentes, es en general en las épocas calamitosas, en la articulación de dos civilizaciones, cuando toca a la mujer desempeñar un papel eminente. Hemos citado a algunas de aquellas mujeres cuyo genio político superior fue jalonando la época

bárbara de la Alta Edad Media. Todas eran cristianas, quien más, quien menos. Pero cabe subrayar aquí en esos mismos periodos a otra categoría de cristianas que se impusieron a los pueblos por el prestigio de su virtud y la autoridad de su sabiduría espiritual. También surgieron en la articulación de dos civilizaciones, pero a su modo.

Ellas fueron quienes establecieron el punto de contacto entre los pueblos recién llegados y la única institución sobreviviente: la Iglesia católica romana.. Cuando se constituyeron en libertadoras y protectoras de las ciudades, fue conjugando su acción con la de los obispos. La vida militante de Santa Genoveva de Paris es autenticada por el clero y por S. Germán de Auxerre. Clotilde se apoya sobre el obispo S. Remigio; Radegunda sobre el obispo Venancio Fortunato. Genoveva era virgen, Clotilde, madre de una turbulenta familia; en cuanto a Radegunda, esposa del brutal Clotario, asesino de su hermano acabó consiguiendo de su marido que le construyera en Poitiers un monasterio (Santa Cruz, que permanece hasta hoy), al cual se retiró con humildad radiante y civilizadora. Lo sucedido en Occidente vale asimismo para todo el conjunto de Europa, alcanzando hasta la Rusia pre-cristiana, cuando Olga de Kiev, viuda del príncipe Igor se llegó a Bizancio, para pedirle al Emperador de Alemania, Otón I, un obispo para su reino. La Iglesia rusa la venera como santa.

Ese mismo Otón I acababa de casarse con una joven viuda de 20 años, Adelaida. Ambos fueron coronados por las manos del indigno Papa Juan XII, en aquella Época en que Roma padecía bajo las Teodora y Marozia. Es probable que aquella espantosa decadencia causara profunda impresión en Adelaida, la cual, por otra parte, desde hacía tiempo cultivaba estrechas relaciones con Cluny, centro por entonces del renacimiento eclesiástico. Cuando Santa Adelaida murió en 999, pudo decirse “que fue uno de los principales agentes -casi la personificación- de la obra de la Iglesia Católica que, en aquellos tiempos oscuros, trabajaba en la fundación de la cultura de la Europa occidental”.

La acción de las santas mujeres se extiende a lo largo de los siglos. Bástanos citar a Margarita, Reina de Escocia. Provenía de la corte de Hungría donde San Ladislao reinaba después de San Esteban. Su esposo, Malcolm Canmore, era un rey poderoso y capaz, pero primitivo y rudo. Estaba profundamente enamorado de su mujer, cuya sabiduría y santidad le deslumbraban. Margarita fue madre admirable. Sus esfuerzos por introducir en Escocia la cultura europea se vieron coronados por el Éxito. Bajo su reinado, al despuntar el siglo XII, y el de sus tres hijos el ingreso pacífico de la cultura medieval en Escocia se realizó con tal fortuna que valió al país una verdadera edad de oro.

### *En el corazón de la Iglesia*

En todas partes aquellas mujeres actuaron de acuerdo con el episcopado de su tiempo. Pero hay más. Están las que pueden llamarse mujeres de Iglesia. Mujeres que se elevarán por encima de las discriminaciones de sexo, no ya por el prestigio de su rango, ni tampoco sólo por su vitalidad espiritual, llegarán a verse reconocidas como personas con pleno derecho, sino que su actividad se ejerce en las instituciones de Iglesia. Lo cual significa que no se trata sólo de algunas mujeres selectas sino de una realidad de conjunto que floreció y se mantuvo durante varias épocas de la historia de la Iglesia.

Antes de seguir adelante, es necesario recordar el nombre de aquellas emperatrices de Bizancio que suscitaron, inspiraron y hasta presidieron concilios ecuménicos: santa Pulqueria, Teodora y sobre todo Irene, que los Padres del II Concilio de Nicea aclamaron con entusiasmo por su decisiva acción en la tormenta iconoclasta. ¡Y pensar que algunos creen que todo empezó con el Vaticano II!

Más profundamente aún, en el corazón de la Iglesia en su desarrollo espiritual, numerosas mujeres desempeñaron un preeminente papel con amplitud, eficacia y autoridad casi increíbles.

Hallamos en Irlanda, en el siglo V, a la intrépida santa Brígida recorriendo vastas regiones de su tierra para organizar y fundar monasterios. Esta mujer de carácter generoso y alegre, vehemente y enérgica, es probablemente la primera que fundó un monasterio dúplice, con un edificio para los hombres y otro para las mujeres, bajo la autoridad conjunta de la abadesa y del obispo.

El monasterio de Kildare suscitó imitaciones. Cincuenta años después de la muerte de santa Brígida de Irlanda, la abadesa inglesa santa Hilda funda en Whitby un monasterio dúplice tan notable que de él procedieron cinco obispos. La extremada competencia de santa Hilda en su cargo quedó consignada por san Beda el Venerable, quien en su *Historia Eclesiástica de los Ingleses* comenta el gran número de reyes, príncipes y prelados que iban a consultarla. En la misma época, en Escocia, santa Ebba la Anciana organizaba igualmente otro monasterio dúplice.

Dicho tipo de monasterios repuntó en el siglo XII con la orden de Fontevrault, aprobada por el Papa Pascual II en 1106. Bajo la *Regla* de san Benito, esta orden reunía conventos de hombres y mujeres gobernados por una abadesa. El instituto se difundió rápidamente por Francia, Inglaterra y España. En el momento de su mayor prosperidad llegó a contar con 30 casas y unos 3000 monjes y monjas. Cambiando luego las circunstancias, Fontevrault desapareció. Curioso detalle: por reacción anti-feminista, en el siglo XV, los monjes de Fontevrault intentaron varias veces cambiar la regla para liberarse de la autoridad de la abadesa. Es menester decir que las abadesas de los grandes monasterios ejercían legalmente un poder extendido mucho más allá de lo que suele concederse a las religiosas de hoy. Su poder de jurisdicción merecía los símbolos de mitra, cruz, pectoral y báculo, como el de los obispos y abades. Ya hemos mencionado el caso de la abadesa de Las Huelgas. Es sólo un ejemplo entre muchos otros. Las abadesas de Santa Cecilia de Colonia tenían poder de jurisdicción y suspensión de cargo sobre el clero. Igualmente las abadesas de Conversano, en Italia, que dirigían una abadía cisterciense y las parroquias circunvecinas. La abadesa neo-consagrada, ostentando mitra y pectoral, sentada bajo baldaquino junto al pórtico exterior, recibía el homenaje de cada miembro del clero de su jurisdicción que, pasando ante ella, se prosternaba besándole la mano. Esta ceremonia recién fue modificada en el siglo XVIII.

De todas estas antiguas instituciones ya, nada subsiste hoy, salvo la orden de los briguitinos y briguitinas fundada en el siglo XIV por una mujer extraordinaria, santa Brígida de Suecia. Según la noticia explicativa impresa en Roma, “las comunidades de cada monasterio dúplice debían componerse de 60 monjas y 30 monjes, de los cuales, 18 sacerdotes, 4 diáconos y 8 hermanos. Monjes y monjas tenían su propio convento con clausura, pero en su común iglesia única debían relevarse continuamente para los oficios litúrgicos”, realizando de este modo la más alta colaboración posible. Y añade la noticia: “Así los monjes como las monjas estaban sometidos no al confesor general sino a la Abadesa”. Briguitinos y briguitinas prosperaron en el siglo XV en casi todos los países de Europa. En su apogeo, llegaron a 79 abadías. El protestantismo les fue fatal. Hoy subsisten aún las briguitinas.

Todos estos ejemplos: presidentes de concilios y, sínodos, abadesas con jurisdicción, monasterios, dúplices de Brígida de Irlanda a principios del siglo VI, de Fontevrault en los del XII, de Brígida de Suecia en el XIV, demuestran brevemente el papel asombroso y duradero de tantas mujeres en el corazón de la Iglesia.

### *Mujeres inspiradas*

Con Brígida de Suecia se cambia de época. El papel de las mujeres en la Iglesia se vuelve más profundo: es el de la conciencia y del llamado al orden. Ya por el siglo XII la mística alemana Hildegardis había abierto este camino de participación en la vida de la Iglesia. Santa Hildegardis fue, bajo todos los aspectos, una, mujer notable y una de las personalidades más relevantes de

su siglo. No sólo fue escritora mística, sino también música, poseedora de conocimientos médicos y de ciencias naturales, y moralista enérgica que no temía amonestar a los hombres de Iglesia y al mismo Emperador si era urgente el peligro.

Pero en el siglo XIV el prodigioso genio místico de Brígida estalla con fulgor. Ella es quizás la mujer más extraordinaria que haya producido Suecia, y aún la más extraordinaria de su tiempo, si Catalina de Siena no hubiera sido contemporánea suya.

Ulf Gudmarsson se casó con Brígida Birgersdotter apenas adolescente. Tuvieron cuatro hijas y cuatro hijos. Entre las primeras, Catalina o Karin, viuda a los 20 años, que llegó a ser santa Catalina de Suecia y la primera abadesa general de la Orden brigantina fundada por su madre. En cuanto a Brígida y su marido, peregrinos de Santiago de Compostela cuando ella contaba 39 años, juzgaron que había llegado la hora de sublimar su vida conyugal: Ulf entró en un monasterio cisterciense. Murió dos años más tarde, a los 47 ó 48 años. Brígida se instaló cerca del monasterio. A poco comenzaron las “Revelaciones” que la hicieron célebre en toda la cristiandad. Ella las escribía en sueco, y luego se las traducían al latín. Espoleada por sus visiones, santa Brígida fue terrible por sus mensajes a los papas y a los reyes. El siglo XIV, tan atormentado, se reconoció a sí mismo en Brígida. Leíase con avidez y temor a la profetisa nórdica intimando a los papas de Aviñón su regreso a Roma. Lo consiguió después de... 25 años, pero ayudada por otra: santa Catalina de Siena.

#### *Catalina y, su “Bella Brigada”*

Catalina Benincasa era la 25ª de la familia de un tintorero de Siena. Su madre, una mujer enérgica y activa, supo dirigir la numerosa familia en cuyo seno Catalina tuvo una infancia normal y feliz. A los 16 años resuelve entregarse a la oración y no salir de casa sino para cumplir sus deberes religiosos. Su madre reaccionó contra semejante tendencia, pero en vano. Catalina no contaba aún 20 años cuando comenzaron a recurrir a ella de todas partes, hombres, mujeres, gente de mundo, sacerdotes, religiosos, soldados, artistas, mercaderes, juristas, políticos. En síntesis, las principales familias de Siena. Los burlones la apellidaban “la reina de Fontebrandia” y a los suyos, “los encatalinados”. Estos se llamaban a sí mismos “la Bella Brigada”. Lo que les atraía en Catalina era tanto su alegría cuanto su ascetismo, y su sólida sensatez a la par que sus miras espirituales, su serenidad y su encanto personal.

En aquella época la Iglesia atravesaba la crisis más grave de su historia a causa de la ausencia del Papa, instalado en su feudo de Aviñón. La irradiación de Catalina era tal, que la ciudad de Florencia le pidió oficialmente fuese a Aviñón para persuadir al Papa Gregorio XI de regresar a Roma. Catalina aceptó. Se hizo acompañar por 23 miembros de la Bella Brigada.

El Papa quedó muy impresionado por la autoridad espiritual de Catalina. Esta comprendió su irresolución y sus dificultades. Sin embargo, debió soportar toda clase de vejaciones: las autoridades francesas, el Sacro Colegio y la propia familia del Papa desplegaron toda su industria para neutralizar su acción. Al fin triunfó Catalina y el 13 de septiembre de 1376 el Papa dejó Aviñón para siempre. Apenas elegido su sucesor Urbano VI, los cardenales franceses eligen a otro Papa que se instala en Aviñón. De este modo se originó el gran cisma de Occidente. A pedido de Urbano VI Catalina va a Roma para organizar la resistencia espiritual que le podría poner fin, y se entrega a luchar con todas sus fuerzas contra el mal que amenazaba hundir la Iglesia. Pero muere a los 33 años en 1380. Catalina, virgen, muere, pues a los 33 años y Brígida, esposa, madre y viuda, a los 70, años o menos por el mismo tiempo. Catalina de Siena y Brígida de Suecia fueron posiblemente las dos mujeres de influencia más profunda, más visible, y más directa en la vida de la Iglesia, y esto en la hora más dramática de la historia. Al fundar su orden de “hombres y mujeres”, Brígida había estipulado que unos y otras obedecerían a la abadesa “como a la Sma. Virgen presidiendo el Cenáculo”, considerándola como inspiradora de la sabiduría y del buen consejo.

Mas como puede comprobarse por la historia general, tales mujeres no han sido de todos los tiempos. En determinadas Épocas, su presencia pudo desarrollarse con equilibrio. En otras, las mujeres, impugnadas, respondieron a la fuerza física masculina por medios oblicuos, incluso los más extremados.

Con las mujeres inspiradas y sabias alternaron las iluminadas y recias. Con las santas, las brujas.

### *El asunto de las hechiceras*

Más de una feminista católica, incluso algunas religiosas, acusan a la Iglesia de la Edad Media de hacer mal papel con el asunto de las hechiceras: “Se ha dicho ser la mujer fuente del mal, hasta declarar brujas a algunas y mandarlas quemar vivas”. Este asunto y esas leyendas de la serie negra obsesionan las mentes y conducen a consideraciones tendenciosas y hasta calumniosas.

Es necesario examinar no tanto las cacerías de brujas en sí, cuanto el hecho que tuvieron lugar en determinadas épocas. No hay que comenzar por incriminar a la inquisición o al oscurantismo, sino plantear el por qué esa misma inquisición y ese mismo oscurantismo se han manifestado en ciertas Épocas y no en otras. En realidad, si se piensa en la alteración de la influencia social del hombre y de la mujer, es fácil darse cuenta que uno y otra abusaron a su vez. No en vano es ambigua la palabra “encanto”. Significa por igual los encantamientos de las hechiceras y el arte de sacar partido. La persecución de las brujas es, en lo siniestro, lo que la “Farce du Cuvier” era en lo cómico, esto es, que después de haber tomado su lugar equilibrado en la sociedad, no faltaron mujeres que abusaran, sustituyéndose a los hombres por una parte y permaneciendo mujeres por otra, cosa que desequilibra la sociedad y provoca la revancha del hombre.

Basta con unas pocas mujeres que, supersticiosas y abusadoras, hayan procurado retener un cariño o ejercer una venganza por todos los medios, para que una persecución de brujas arrastrase a las autoridades civiles y religiosas a realizar encuestas, esto es, inquisiciones, que, a su vez, van más allá de todo límite.

La historia es de todos los tiempos y cazar brujas no es un hecho reservado exclusivamente a aquellas épocas como podría creerse.

“La Croix” del 20 de diciembre de 1969 relata lo siguiente: «Los hippies de estricta observancia son gente mansa, pero la orla anarquizante de la juventud americana que vive fuera de las normas de lo real y de la razón no cesa de extenderse. De, donde la multiplicación de esas pandillas de hambrientos de lo irracional. Esto ha dado origen, hace pocos meses, a los “yippies”, versión violenta del Movimiento hippy. Las palabras clave de su vocabulario son: “hell, devil, witch, pig” (infierno, diablo, bruja, cerdo). La hechicería aflora de nuevo, inspirada a la vez por los métodos de liberación sexual y moral de esencia hippie y por las tradiciones ocultas más antiguas. En los clubes juveniles, cabalgan en escobas. En la costa oeste funciona una asociación de origen medieval y cátar, la cual pretende recibir directivas de cierto mensajero expresamente llegado del siglo XIII... Hace algunas semanas en una Universidad católica se descubrió que, en los sótanos había brujas organizando su aquelarre. Antiguamente, explica el director del instituto, habrían sido quemadas. Hoy nos hemos contentado con enviarlas a un siquiatra. Pero es de temer que no baste».

### *Una mujer famosísima*

Cazar brujas se vuelve a su vez un arma para todo uso. Precisamente en calidad de hechicera fue quemada viva mujer tan famosa como Juana de Arco. Ella reunía cuanto puede soñarse para el más cumplido feminismo. Es importante tener presente que Juana comenzó sus carrera deslumbradora de jefe de guerra con menos de 17 años y terminó el fulgor de su, existencia toda con 19... Plantea enormes problemas a la historia profana y suscita ilimitada admiración en el hagiógrafo cristiano. Desde su adolescencia, cuando inspirada por sus “voces” se entregó a intensísima oración, hasta su conmovedora y admirable “pasión” durante la cual oye de nuevo sus “voces”, aconsejándola hasta el cadalso, Juana es un milagro perpetuo, un diálogo constante con el Cielo, y al mismo tiempo es el equilibrio, la sensatez, la sabiduría, el tino más extraordinario. Engrandeció la femineidad como pocas, y es santa.

*“Como los ángeles en el cielo”*

Juana vivió vida de hombre, revestida de armadura y cabalgando por los campos de batalla. Y, sin embargo, como pocas engrandeció ella la femineidad. Y está muy bien que así sea, porque éste es precisamente el mensaje de la total santidad: “Ya no seréis hombre ni mujer”.

La santidad es energía, intrepidez, libertad de acción, sea cual fuere el medio ambiente sociológico. Obedeciendo al llamado cotidiano de Dios, los santos y las santas por medio de su vida, sus actos, sus palabras, tienen un mensaje que transmitir. No pueden hurtarse a su vocación a medida que ellos y ellas le van obedeciendo. Esa docilidad y esa obediencia al llamado interior son justamente el manantial incesante de su santidad: haber obedecido progresivamente a su propia vocación, sin ninguna negativa ni limitación voluntaria o semi-voluntaria.

Esta santidad coloca al hombre y a la mujer por encima de los acondicionamientos de su sexo en la plenitud de su persona y la dignidad de ésta. De este modo y a este nivel es que se realiza la definitiva igualdad. Es lo que la existencialista atea Simone de Beauvoir vislumbró en aquella personalidad descollante: Teresa de Ávila: “Con Catalina de Siena, santa Teresa, por encima de toda condición fisiológica, es un alma santa, su vida secular y su vida mística, sus actos y sus escritos se remontan a una altura que muy pocos, hombres alcanzaron jamás”.

Finalmente, en este nivel de desarrollo de la persona, o mejor dicho de la restauración de la persona original, ya no hallamos palabras para diferenciar a hombres y mujeres. Y está bien que así sea. No hay espiritualidad particular a hombres, o particular a mujeres. No hay persona humana peculiar a mujer o a hombre. Está la persona tal como progresivamente se va desprendiendo de las particularidades del sexo para alcanzar la definición de Cristo: “Serán como ángeles en el cielo” y este es el punto terminal. Los caminos si son diversos, diferentes las vías: y cada cual honra algún aspecto de la persona.

*Nota del traductor:* Supliendo la falta de previos cálculos humanos, la Providencia, como suele, dispuso que los últimos nombres mencionados en esta selección de trozos fuesen los de santa Catalina y santa Teresa. Quedamos a la expectativa de lo que de ellas dirá el Papa al reconocerlas como doctoras de la Iglesia. Catalina, la “dolcissima Mamma” de 20 ó 30 años, cuya mano no supo escribir, Teresa, la Madre fundadora que “no tenía salud ni cabeza para hacerlo... Dos contemplativas. Catalina, actualísima, nos enseña el Diálogo con el Padre, desde la celda interior del alma, de donde jamás salía. Teresa, cediendo a la obediencia, consciente en guiarnos según su propia experiencia al aposento de Su Majestad a través de las Moradas del Castillo interior. Mujeres extraordinariamente mujeres. De las cuales hombres de hoy como Bergson y mujeres como Edith Stein admiran el saber con entusiasmo.